

## CAPÍTULO XI

Vigésimoprimer virey D. Luis Enriquez de Guzman, conde de Alba de Aliste.  
— Muerte de la célebre monja alfez.— Tranquilidad que disfrutaba el país.— Sublevacion de los indios de la Nueva Vizcaya y muertes que cometieron. — Se descubren nuevas minas de plata.— Toma el monarca bajo su proteccion el colegio de San Pedro y San Pablo, de Puebla. — Ordena el monarca al virey que haga todas las mejoras materiales posibles.— Vigésimosegundo virey D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque, grande de España. — Noble carácter del nuevo gobernante.— Protege el virey las letras.— Buen gobierno del virey.— Corsarios ingleses.— Conducta poco noble de Inglaterra con España.— Ingratitud del irlandés Tomás Gage. — Envía Cromwell, sin estar en guerra con España, una formidable expedicion para apoderarse de Santo Domingo. — Son derrotados los ingleses. — Marchan á Jamaica y se apoderan de ella. — Los habitantes de Jamaica abandonan la isla por no estar bajo el gobierno inglés, y van á las posesiones españolas.— Envía el virey gente en auxilio de la guarnicion de Jamaica. — Ronda el gobernante, de noche, las calles próximas á palacio para observar si reina buena policia. — Recomienda á los prelados que vigilen sobre la conducta de los religiosos.— La Audiencia condena á muerte á varios mulatos por pecado de sodomia. — El virey pone remedio á ciertos abusos de los panaderos respecto del trigo. — El virey es atacado por un soldado estando orando. — Se castiga al agresor. — Nota en que se destruyen varios errores.

Desde el 3 de Julio de 1650, hasta Setiembre de 1660

1650. A las cinco de la tarde del 3 de Julio de 1650, hizo su entrada en la ciudad de Méjico el nuevo

virey D. Luis Enriquez de Guzman, conde de Alba de Aliste, donde fué recibido con las manifestaciones de respeto y aprecio correspondientes á su alto empleo.

Desde que empezó á regir los destinos de la Nueva España, se atrajo las simpatías y el aprecio de sus gobernados con su buen carácter, su benevolencia, su integridad y su amor á la justicia.

En el mismo año de su llegada, murió en Cuitaxtla, cerca de Orizaba, en la Nueva España, la célebre monja alférez D.<sup>a</sup> Catalina de Erauso, natural de San Sebastian. Esa mujer extraordinaria, que disfrazada de hombre sentó plaza de soldado, y se distinguió por su valor en la conquista del Perú, haciéndose notable no menos por su energía que por los muchos desafíos que tuvo, y de los cuales salió siempre triunfante, pasó al fin á Méjico. Continuando en su traje de hombre, hacia sus viajes de Veracruz á la capital de la Nueva España, conduciendo mercancías, con una excelente recua de mulas que tenia. Fué á Méjico siendo virey el marqués de Cerralvo, y presentó la cédula por la que se le concedió una pension de quinientos duros anuales, librados sobre las cajas de Méjico, Lima ó Manila, que se le pagaron religiosamente en la de Méjico hasta su muerte.

1561. — En la tranquilidad profunda que disfrutaba la Nueva España, transcurrían los años sin que ocurriese novedad ninguna digna de llamar la atención. El cuidado del desagüe para evitar las inundaciones de la capital, la llegada de las flotas, la sublevacion de alguna tribu de indios en las provincias mas distantes, hé aquí los acontecimientos mas palpitantes para los vireyes. Por lo de-

## VIREYES DE MEJICO



- |   |  |
|---|--|
| 21. D. Luis Enriquez de Guzman.             | 27. Fray Payá de Rivera Enriquez.                |
| 22. D. Francisco Fernandez de la Cueva.     | 28. D. Antonio de la Cerda, conde de Paredes.    |
| 23. D. Juan de Leyva y de la Cerda.         | 29. D. Melchor Porto-Carrero, conde de Monclova. |
| 24. D. Diego Osorio de Escobar.             | 30. D. Gaspar de la Cerda, conde de Galve.       |
| 25. D. Antonio Sebastian de Toledo.         |  |
| 26. D. Pedro Nuño Colon, duque de Veraguas. |  |

más, la sociedad marchaba tranquila por el camino de los adelantos y de la abundancia, pues aunque el movimiento de buques entre las colonias y la metrópoli era menos activo que en el anterior siglo, por hallarse los mares cubiertos de corsarios de las naciones con quienes la España estaba en guerra, que interrumpían su comercio, no por esto dejaba el país de prosperar. Esa misma dificultad que los buques mercantes españoles tenían para conducir sus mercancías de Europa, resultaba en provecho de la industria del país, de sus fábricas de vidrio y de paños, de sus tejidos de lana, de sus telas de seda, de sus preciosas frazadas, de su loza, y de todo, en fin, lo que constituye la industria. El mal lo resentía especialmente la metrópoli, que se veía perjudicada en el productivo comercio que hasta entonces había mantenido con sus colonias de América; pues no teniendo facilidad para enviar sus productos á las consumidoras plazas del Nuevo Mundo, tenía que cerrar muchas de sus fábricas y presenciar los males que sufría la agricultura.

La Nueva España, lejos del ruido de las armas que resonaba en las principales naciones de Europa que combatían contra la nación española, apenas tenía noticia de que la humanidad se despedazaba al otro lado de los mares. Únicamente se acordaba de que la metrópoli se encontraba empeñada en una desigual lucha contra las primeras potencias del viejo mundo, cuando al salir de Veracruz alguna flota para España, se levantaba bandera para hacer gente que quisiera ir en ella como soldado que la defendiese en caso de que se viera atacada por alguna escuadra extranjera.

El marqués de Villafior, queriendo que el puerto de Veracruz estuviese bien resguardado, procuró, desde un principio, tener allí una fuerza regular que pusiese á la plaza á cubierto de un golpe de mano de parte de los corsarios. Con este motivo, el 10 de Abril, hizo que se arbolase bandera con objeto de hacer gente para el castillo de San Juan de Ulua. Cuatro meses despues, el 8 de Julio, despachó una fuerza de infantería que se habia alistado voluntariamente para ir en dos galeones que enviaba á España con una sùma de dinero para la corona.

Uno de los acontecimientos que mas afectó al virey en aquellos dias, fué la sublevacion de los indios de la lejana provincia de la Nueva Vizcaya. No fué la sublevacion la que le preocupó, pues era insignificante en sí, sino las víctimas que fueron sacrificadas al furor de los indígenas. Eran provincias recientemente unidas á la corona de Castilla, y que siéndoles duro renunciar á las muchas mujeres que tenian para reducirse á una sola, así como á otros placeres ilícitos que la moral cristiana les prohibia, resolvieron continuar en la vida que hasta entonces habian tenido. Tomada esta determinacion, se unieron á los conchos y tobosos, y lanzándose sobre los pocos y descuidados blancos que habia en aquella provincia, dieron muerte á todos, contándose entre las víctimas dos misioneros franciscanos y un jesuita. Al tener noticia el virey de lo que habia acontecido, dió orden al gobernador de Durango de que estableciese un presidio en Papigochi, y que de allí destacase fuerzas para batir á los sublevados. El gobernador obedeció la orden y se dirigió al sitio indicado por el marqués de Villafior. Formado el presidio,

marchó contra los indios tarahumares, á quienes venció y sujetó.

1652. Mientras el gobernador de Durango hacia volver á la obediencia á los sublevados, una sangrienta escena se verificaba en el sitio de donde habia salido. Los indios de la provincia de Papigochi, aprovechándose de su ausencia, quemaron la poblacion en que habia dejado la colonia ó presidio, y mataron á los vecinos que se habian refugiado á la iglesia. No perdonaron en su sed de sangre á niños ni á mujeres. Entre las víctimas se contó su misionero el padre jesuita Jacobo Basilio. Para contener á los sublevados, el gobernador de Durango levantó la gente necesaria, y pronto volvieron los pueblos á la obediencia.

Mientras en la Nueva Vizcaya se habian verificado los acontecimientos que dejo referidos, en las demás provincias nadie habia pensado sino en el aumento del bienestar por la industria, la agricultura y las artes. Nuevas y ricas minas de plata se descubrieron en ese tiempo, que llevaron el nombre de Albadelista, en memoria del virey. Las de Pachuca, que producian inmensos tesoros, habian sido visitadas por el activo gobernante, y nadie dudaba que iria en aumento el número de ellas y la riqueza de los hombres activos y trabajadores.

No descuidó el marqués de Villafior la obra del desagüe de Huehuetoca, que fué una de las cosas de que se ocupó desde el momento de haberse hecho cargo del mando, y que visitó poco despues de su llegada en compañía del oidor Mora y del fiscal del rey.

1653. Varias cédulas recibió del monarca el ac-

tivo virey en aquellos dias. En una de ellas aprobaba Felipe IV la fundacion de San Pedro y San Pablo, hecha en Puebla por el visitador Palafox, donde se aprendian ciencias, idiomas y buenas costumbres. El plantel, como digno de la atencion de los reyes, lo tomó el monarca bajo su proteccion. En otra de las cédulas le recomendaba el soberano que no descansase en proporcionar al país todas las obras materiales posibles, y le decia que impulsase la construccion de las catedrales de Méjico, Puebla, Oajaca, Michoacan y Yucatan. La de Méjico que, así como la de Puebla, es notable por su solidez y hermosura, se hallaba muy adelantada. Las tres bóvedas que se iban á hacer y que hasta entonces habian sido de tijera de madera, fueron rematadas el 13 de Octubre de 1651, en almoneda real, en sesenta mil duros, por Juan Serrano, arquitecto mayor, que se obligó á concluir las en el término de un año.

Cuando el marqués de Villafior se ocupaba de dar cumplimiento á las disposiciones del monarca, terminó el trienio que estaba señalado de vireinato á los gobernantes, y llegó, en Agosto de 1653, su sucesor D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque, grande de España. El virey saliente fué nombrado á desempeñar igual cargo en el Perú, y salió á tomar posesion de su nuevo vireinato, dejando grata memoria entre los habitantes de la Nueva España.

1653. El 15 de Agosto de 1653 hizo su entrada en Méjico el vigésimosegundo virey Don Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque. Iba con él

su esposa D.<sup>a</sup> Juana de Armendariz, marquesa de Cadereita. Dotado de un corazon benigno y generoso, la sociedad se prometió muchos bienes bajo su paternal gobierno. Amante de las ciencias y de las artes, se declaró protector de los que cultivaban las primeras y favorecedor de las segundas, sin descuidar por esto la agricultura, ni ninguno de los ramos de prosperidad para el país.

Procurando que los habitantes de la ciudad pudiesen comprar los artículos de primera necesidad á precios cómodos, hizo publicar un bando en que prohibió tener pulquerías á los españoles, mulatos, negros y chinos, haciendo que fuese renglon exclusivo de los indios que lo tenian de cosecha y lo podian vender, por lo mismo, mas barato y menos adulterado. Mandó que los revendedores no saliesen á monopolizar el carbon y la leña á las calzadas, para que así entrasen los indios en la ciudad y vendiesen por sí mismos, con utilidad de ellos y del vecindario; prohibió los regatones de fruta, por sí ó por interpuesta persona, no pudiendo comprarla para revenderla sino despues de las once de la mañana, en que ya el público podia haberse surtido de ella; ordenó que los negros y negras, que generalmente eran los revendedores de gallinas y pollos, no continuasen monopolizándolos; que los negros aguadores, desde donde quiera que llenasen sus barriles y á donde quiera que los llevasen, no cobrasen mas de medio real fuerte por la carga, so pena de perder los barriles y la mula en que cargaban, imponiéndole al amo que los obligase á cobrar un real, doscientos duros de multa. La disposicion se cumplió exactamente con aplauso de la poblacion entera.

Otras muchas y buenas disposiciones dictó en provecho de la sociedad, que produjeron los bellos resultados que se deseaban.

1654. A su don de gobierno reunia el nuevo virey un corazon lleno de bondad y generoso, de que se aprovecharon algunos de esos hombres que solo pueden ser contenidos en sus perversas inclinaciones por el rigor y el castigo. Pronto, conociendo la benigna alma del ilustrado gobernante, empezaron los malhechores á ejercer sus actos de vandalismo. Viendo que era enemigo de las medidas duras, los ladrones se lanzaron á los caminos con notable osadía, llegando al grado de que nadie se atrevia á viajar sin ir bien armado y en compañía de otros. El duque de Alburquerque, conociendo que la bondad con los malhechores era un mal para la sociedad honrada, se vió precisado á dictar medidas enérgicas para poner término á sus desmanes. Para conseguirlo y volver á los caminantes la confianza y la seguridad, se valió el nuevo virey de todos los medios que estaban á su alcance, y pronto, con el castigo de muerte aplicado á los salteadores que se empezaron á perseguir con extraordinaria actividad, logró dejar el país libre de facinerosos. Las ejecuciones de justicia hechas en unos, amedrentaron á los demás, quienes, temiendo igual suerte, abandonaron su mala vida para hacer otra mas honrada y menos inquieta. Libres así de malhechores los caminos, el comercio interior refloreció, quedando expeditas las vias de comunicacion de un extremo al otro de la Nueva España.

No sucedia lo mismo respecto del comercio exterior. La Inglaterra, enemiga del engrandecimiento de Es-

paña, procuraba poner estorbos á los buques mercantes españoles que llevaban sus frutos á la América y conducian á la Península el precio de sus mercancías. Millares de buques ingleses se dedicaron á la piratería para enriquecerse con los despojos de los buques que apresasen en los mares. Como esto acontecia cuando existian tratados de paz entre Inglaterra y España, la corte de Castilla se quejó al gobierno de Cromwell de las hostilidades cometidas; pero el gobernante inglés, que veia al monarca castellano ocupado en su guerra contra la Francia, Portugal y Holanda, no dió las satisfacciones que se le pedian y eran justas. Por el contrario, lejos de dar órdenes para impedir la piratería de sus compatriotas y gobernados, trató de aprovecharse de la difícil posicion en que se encontraba España, para sacar provecho de ella. Acto poco noble, contrario al derecho de gentes, que condena la justicia y rechaza el honor; pero que por desgracia se ha repetido con demasiada frecuencia por las naciones poderosas cuando han encontrado oportunidad para hacerlo. La Inglaterra habia tratado de hacer liga con la Francia, pero no se habia terminado ningun arreglo entre ellas.

En ese tiempo llegó á Lóndres el célebre viajero irlandés Tomás Gage, que habia estado largo tiempo en Méjico y muchos años en Guatemala, de ministro de una de las doctrinas del obispado. Al partir de la Nueva España, donde solo habia recibido notables pruebas de aprecio de los españoles, aseguró que marchaba á su patria con objeto de favorecer á los católicos ingleses. Habia logrado reunir, durante su permanencia en América, cuatro mil

duros en perlas y piedras preciosas, y tres mil en metálico. Emprendida la navegacion, el buque en que marchaba fué apresado por un mulato llamado Dieguillo, que mandaba una parte de los navíos pertenecientes á la escuadra holandesa del célebre corsario *Pie de palo*. Despojado de sus alhajas y dinero, volvió á la costa de la Nueva España, de allí marchó á la Habana, despues á España, y por último á Inglaterra, que era el objeto de su viaje. Al pisar la tierra de la Gran Bretaña, apostató como exigian las leyes dadas por la hija de Enrique VIII contra los católicos, y se presentó á Cromwell. Ingrato á los favores que habia recibido de los españoles, y llevado de un odio injustificable hácia la nacion que le habia colmado de beneficios, le propuso un plan que halagó al hombre ambicioso que se hallaba al frente de los destinos de Inglaterra. Manifestó al protector las insignificantes fuerzas que la España tenia entonces en sus posesiones de América, las ligeras fortificaciones hechas en sus principales puertos, y el ningun recelo en que las colonias se hallaban de verse atacadas. Hecho esto le dió á conocer los puntos en que seria mas fácil hacer desembarcos; aseguró que con una fuerte escuadra y algunas tropas de tierra, la Inglaterra despojaría sin trabajo á los españoles de sus islas; y que, dueña de éstas, la Nueva España se rendiría, pues los buques que enviase el gobierno español para favorecer á sus colonias, tenían que pasar por en medio de las islas. Cromwell oyó con gusto la proposicion, y se propuso aprovechar su informe. El proyecto tenia para el protector dos lados lisonjeros. El primero era hacerse de dinero. Habia gastado las rentas del Era-

rio en perseguir á los católicos, y temia pedir al Parlamento nuevos subsidios. Con la toma de alguna de las ricas posesiones españolas, podría apoderarse de inmensos caudales que le diesen nombre y grandes recursos. El otro lado lisonjero, era la esperanza de quitar á la España, á quien todas las naciones envidiaban, una parte de su poder, como lo intentaban la Francia y la Holanda. Cromwell mandó aprestar una fuerte escuadra de treinta buques de guerra que puso á las órdenes del almirante Guillermo Penn. En esta expedicion, además de los marinos, iban cuatro mil hombres de tropa escogida al mando del coronel Venables, y gran número de aventureros, ansiosos de oro y de pillaje.

1655. Esta escuadra, la mayor que se disponia á surcar los mares de la América, puso en notable cuidado á los españoles, que se imaginaron se preparaba para atacar el puerto de Cádiz. La plaza se dispuso á la defensa, y esperó los acontecimientos. El sobresalto creció al saber que se habia hecho á la vela y se habia alejado de la costa sin tener noticia del punto á que se dirigia. Entretanto la escuadra arribó á las Bermudas, islas descubiertas por el español Juan Bermudez en 1527, que les dió su nombre, y ocupadas por los ingleses en 1612. Tomados allí nuevos víveres y aguada, se publicó la jornada á la isla de Santo Domingo, entonces rica y floreciente. El deseo de hacer fortuna á poca costa, hizo que se alistasen muchísimos aventureros, aumentando así considerablemente el ejército expedicionario. Provisto de víveres y contando con una fuerza de cerca de ocho mil hombres, se hizo á la vela el almirante Penn, y el 13 de Abril dió